

# EL OMBÚ

**E**L ombú es el árbol más popular, más querido y representativo de nuestro país. No hay estancia, ni rancho viejo, ni pulpería de campaña, ni antiguo caserón ciudadano de los arrabales o aledaños de nuestras ciudades, sin su correspondiente ombú. Algunas personas, con limitado sentido de la belleza y aun del patriotismo, dicen con tono materialista que el ombú no sirve para nada, porque no produce leña para el fuego. Debemos combatir esta infundada afirmación equivocada y hasta antipatriótica. Si todo árbol constituye un elemento estético dentro de paisaje, el ombú cumple esa misión en alto grado. Su copa es inmensa, redonda, de un verde oscuro mantenido durante casi todo el año. Su tronco, proporcionado al espacio que abarca su follaje; y sus raíces, que emergen de la tierra rodeando a ese tronco, toman formas caprichosas, formas que a veces, vistas desde lejos, han hecho decir que asemejan "un desperezamiento de leones". Además, esas raíces enormes y desiguales que se extienden rodeándolo, al quedar bajo su amplia y fresca sombra, convidan al descanso; son como los sillones de una sala al aire libre; y esto es tan real, que en el campo, en las estancias, chacras o simplés ranchos, durante el verano las familias hacen sus reuniones bajo el ombú, tomando su mate, comiendo su asado, recibiendo las visitas... y hasta los novios, por la noche, se sientan sobre alguna de sus raíces para hablarse de amor y pensar en el futuro.

¡Que no da leña... que su madera fofa y porosa no es madera, a tal punto que científicamente no se clasifica como árbol sino como una inmensa hierba!... ¿Qué importa ello? ¡Que la leña la produzcan otros vegetales... no se lo vamos a pedir todo a él, como esos niños que todo lo esperan de su bondadoso abuelo! Él nos da belleza, nos da sombra, primario techo, cantos de pájaros, leyendas.

De éstas, de las leyendas, quiero anotar para mis lectores de "El Grillo", esta que me parece la más hermosa y que he podido comprobar que tiene su real **porqué**. Dicen que el ombú es eterno, porque no muere nunca. En verdad, nunca he podido hallar ningún ombú seco. ¿Cómo es posible esto? Sin embargo resulta muy

sencillo, y es lo que lleno de emoción he podido comprobar: el grueso tronco se seca por un lado, se va haciendo polvo, al mismo tiempo que por el lado opuesto reverdece como si echara savia nueva, como muriéndose por un lado y viviendo por el otro. Esto lo dice ya un naturalista nacido en Montevideo llamado Marcos Sastre, y yo lo he podido comprobar observando

puje de su brazo, y la buena rienda de sus caballos, atropellando al tronco del ombú y clavándole la punta de su lanza en su carne fofa, silenciosa, de cuya herida, en vez de sangre, manaba un jugo incoloro como una lágrima.

¡Oh, el ombú! ¡A su noble amparo se realizaron fiestas, se bailaron pericones, se hicieron noviazgos, se apalarbraron negocios, se dieron cita los caudillos que partían para la guerra, se conspiró contra las tiranías, se deletrearon las sílabas de las palabras **Libertad e Independencia!**...



un viejo ombú sito en la Rambla Naciones Unidas a la altura del puerto llamado del Buceo.

¡El ombú... cuántos episodios, cuantas escenas, ya domésticas, ya de trascendencia histórica se realizaron bajo su sombra inmensa en la vida de nuestros campesinos! Si hasta se narra que los soldados de la Patria, los lanceros gauchos, probaban el em-

¡Oh, el ombú, nuestro árbol abuelo, grande, bueno, sin espinas, manso, medicinal, testigo de nuestra historia de país libre... cuántas siestas he dormido a tu sombra, cuántas madrugadas heme despertado al canto de tus aves, bajo el toldo verde y fresco de tus grandes y jugosas ramas!